

Editorial

La introducción a este número de la revista *Complejidad* es la que nunca me hubiera gustado escribir. Si hoy me hago cargo de la tamaña responsabilidad de dirigirla, es porque lamentablemente el COVID 19 se ha cobrado la vida de su fundador y director, Raúl Domingo Motta, el pasado 19 de septiembre. Su partida nos ha devastado. Hablo en plural en nombre de la comunidad que integra *Complejidad*, su Consejo Académico Internacional, y de las múltiples y diversas voces que han circulado por esta revista desde su creación en 1995 hasta el presente.

Definir a Raúl Motta es una tarea compleja: porque es a la vez pasión, caos, dedicación, intensidad, entusiasmo, profundidad, búsqueda, sensibilidad, disfrute, humor, provocación, vida. Fue e-norme (fuera de norma), no solo por su tamaño físico, sino por la calidad de las empresas intelectuales que llevó adelante, poniendo en juego todo su ser. Fue e-norme por la profundidad de su pensamiento, por la diversidad de temas sobre los que nos ha dejado legado y, sobre todo, por su generosidad como ser humano, evidenciada en su vocación docente, que podía ser plasmada tanto en una asociación barrial como en los claustros universitarios más exigentes. En ese sentido, practicó la verdadera filosofía, esa que inventaron los griegos junto con la democracia: la del espacio público, la que circula por la comunidad con un sentido práctico, no aquella encerrada en la Academia.

Desde cada espacio -trinchera- que ocupó, la Cátedra Itinerante UNESCO Edgar Morin sobre pensamiento complejo (1999-2020), el Instituto Internacional para el Pensamiento Complejo (1997-2020), esta revista, sus cátedras, sus proyectos de investigación, sus conferencias, talleres, seminarios, diálogos informales, Raúl Motta no sólo diseminó el pensamiento complejo aplicando creativamente y recreando los postulados de Edgar Morin, sino que puso énfasis en la importancia de la enseñanza y la investigación sobre la humana condición, entendida como “humana religazón y al mismo tiempo como condición de posibilidad efectiva de una reflexividad colectiva sobre el devenir de la especie”. Este enfoque le permitía albergar una nueva valoración sobre el campo de las humanidades, indispensable para lograr una reflexividad más completa e integrada.

Motta cultivó el pensamiento prospectivo, anticipando muchos de los procesos que estamos atravesando en este presente pandémico. Justamente su última editorial para esta revista advirtió sobre “las crisis recurrentes del sistema mundial”, ahora evidente en el acontecimiento planetario que constituye la pandemia provocada por el Covid 19, el cual se filtró “en el sistema nervioso de la complejidad social”, atravesando todas las dimensiones de la realidad humana: la salud, la educación, la economía, la cultura, la política.

Justamente la política global, envuelta en un mar de incertidumbres, atinó a dar disímiles respuestas, algunas más eficaces que otras, pero todas pueden resumirse en un punto en común: “la falta de reflexividad sobre el acontecimiento mismo”. Por ello, la novedad, en palabras de Motta, no es la pandemia sino lo que ella revela a escala mundial: no hay control local ni global de los sucesos, solo hay “perplejidad generalizada”.

Pandemia y complejidad. Incertidumbre e imprevisión. Descontrol y crisis institucional. Globalización y planetarización. ¿Futuro? Está claro, nos encontramos en un momento bisagra de la historia, que nos obliga a pensar nuevas estrategias para habitar el planeta, reposicionando al ser humano en la casa común.

Con este número inauguramos una nueva etapa en la revista, con un enorme compromiso: recoger el legado, mantener vivo el pensamiento de su fundador, pero al mismo tiempo continuar haciéndonos preguntas, incomodarnos frente a la realidad, que nos lleven por los apasionantes caminos de la reflexión, la investigación, para contribuir a pensar mejores mundos posibles, así, en plural.

Los artículos que aparecen en este número abordan, desde la perspectiva del pensamiento complejo, una diversidad de temas. El artículo de Galati se centra en un examen epistemológico en torno al concepto darwiniano de selección natural y el de apoyo mutuo de Piotr Kropotkin en relación con el pensamiento de Morin y otros pensadores de las ciencias sociales, que Galati logra poner en un complejo y fructífero diálogo, particularmente anclado en el campo del derecho.

Dos de los artículos, el de Flórez Llorente y el de Salvador, giran en torno a la educación y la retórica, tópicos a los que Raúl Motta aportó una mirada creativa en relación con la configuración de competencias en la educación en las sociedades

actuales. Flórez Llorente continúa esa línea de reflexión, aportando en este ensayo, que es un resumen de su tesis doctoral en el campo de la educación, argumentos para resignificar la enseñanza de la retórica, que resulta clave para lograr el fortalecimiento de la ciudadanía, la participación y la vida democrática. Por su parte, Salvador se enfoca en la integración de la retórica como insoslayable herramienta comunicativa puesta en relación con los núcleos de aprendizaje prioritarios de alfabetización digital, previstos en Ley argentina 26206, de Educación Nacional, en lo que respecta al nivel secundario, en el contexto de las actuales sociedades complejas y las nuevas competencias que éstas demandan.

Finalmente, el trabajo de Giorgio establece un puente entre ciencia y literatura, para a partir de la obra del escritor Isaac Asimov, poner en correspondencia los conceptos de colonialidad y posthumanismo y explora la relación compleja de comunicación entre los seres humanos y los robots, como un espacio que nos permite reflexionar sobre nuestra propia identidad.

Todos los artículos invitan a seguir recorriendo el camino del pensamiento en torno a la humanidad y lo humano, con sus múltiples aristas y desafíos en el mundo que atravesamos.

María Elena Martín